

Título: Un sueño en una playa desconocida

Seudónimo: Princesa Girada

Categoría: Relato corto a nivel nacional

No quiero despertar, no me lo puedo permitir.

Me atolondra mi ojo izquierdo.

Es como si en su interior hubiera alguna laguna, que no le permitiera abrirse al mundo.

Seguramente fue por el exceso de rímel, ayer noche.

Y no quiero despertar de este sueño por qué aquí estoy en la playa, una playa dantesca y con un mar bravo, en mis más profundos sueños.

Estoy en mi toalla, en mi más negra soledad, dándole vueltas a mis asuntos. Cerca de mí, está mi hermano, dos años menor, con sus colegas y cerca de nosotros, siempre, mis padres.

Papá se encuentra en una buena temporada y en casa se nota. Si él está bien, todos estamos bien y mamá lo quiere con locura, aún está enamorada de él. A pesar de no ser muy bueno, ni con ella ni con nosotros. Pero cuando él está radiante, todo va bien.

Ando entretenida guardando mis gafas de sol y mis cositas en la bolsa de playa, me agrada estar a solas y tampoco soy muy sociable y extrovertida. Canturreo para mis adentros canciones de Julieta Venegas. Me abrazo a la soledad y a esa paz a la que conlleva.

He alzado la vista al mar, me encuentro un poco alejada de la orilla, porque me agrada disponer de una perspectiva amplia y en general, controlar un poco lo que pasa a mi alrededor. Creo que es un control de amenazas, me da seguridad. Y lo que vi no me asustó, me excitó, el cuerpo del tiburón iba volando próximo a la orilla, hasta aterrizar en ella. Instintivamente me levanto, grito a los cielos y así lo advierte mi hermano. Juntos empezamos a correr hacia donde yace el cuerpo de esa bestia, un ser cargado de estigmas. siento fuerza y energía como para atravesar la inmensidad de la playa hasta arribar a ella. Mi hermano y sus amigos van tras de mí. Pura adrenalina o insomne inconsciencia, ahí yo cuento con 14 años y mi hermano con 13 recién cumplidos.

No veo a mamá y papá, pero no me causa preocupación. En instantes empiezan a llegar agentes de seguridad y algún vecino y los veraneantes. Todos expectantes, sólo observamos.

A mí me viene a la cabeza... ¿porque nací como humana?, ¿por qué soy un ser vivo en forma humana? y no de pez o planta. Y una vez decidido que soy humana, ¿ qué se espera de mí? ¿Tengo algún deber o plan divino o puedo vivir libremente? Porque este tiburón que ahora yace, no creo que tuviera muchas responsabilidades, obligaciones o sentimientos...

Y no me apetece despertar y abrir los ojos porque, aquí, en este sueño me siento libre y feliz. Mi energía es lúcida y mi fuerza y mi inquietud no me es arrebatada. Ahora sí.

Porque cuando despierto a mis 46 años, en mi cama, envuelta en la soledad de mi apacible piso de alquiler, en un pequeño pueblo rodeado de mágicas montañas y su penetrante río, en

el que resido desde hace 20 años, sin familiares a la vista; con mi niña de trece años y repaso mi vida.... uff!!! No sé por dónde comenzar.

Trabajo como enfermera en un diminuto hospital comarcal, en el que me arropan y me aman con un dulce ardor. Me separé del padre de mi hija, enviudé de mi segundo marido. Fue una historia de amor irreparable, fugaz y efímera. Y aún así, seguí firmemente creyendo en el amor y me volví a enamorar de Cris, un poeta atormentado; su apariencia es lejana respecto a mi encantador y mágico pueblo.

Pues... me preguntó: ¿cómo he llegado hasta aquí?

Pero toca realmente despertarse.

Abandonar esa playa y ese dulce momento.

Y con los pies tocar la realidad.

Volver a empezar de nuevo, una y otra vez, aunque se me desgarre el alma. Con pundonor, hasta el fin de mis días.

Por otra parte... Opino “qué cuándo y cómo morir debería ser opcional también”.

Cada ser podría decidir en qué momento debería abandonar el barco, pero a ese tipo de fortuna, tampoco tenemos derecho.